

Prisionero de amor

Beatriz Espejo

Para Emmanuel Carballo

A primera vista no llamaba la atención, incluso pasaría inadvertido entre la multitud. Tenía el pelo muy corto o casi de soldado, un oído sordo, voz de bajo profundo, ceceaba ligeramente sin ser español. La nariz aguileña y dos comisuras que le llegaban hasta la boca sensual. El contorno de la mandíbula ligeramente mofletudo. La frente amplia inclinada como si la inspiración no lo abandonara un instante. Los ojos saltones de hágase tu voluntad perdidos en pensamientos que de tanto pensarlos le dolían pensar; pero si alguien se fijara en ellos los vería relampagueando, ventanas que se iluminaran a intervalos con resplandores. La estatura alta y delgada. Levantaba sus hombros y los adelantaba intentando sumir el pecho. Temía más que nada la horrenda sepultura, le espantaba el roer de los gusanos en el hondo

silencio. Rezaba oraciones que le enseñaron desde niño pero como todo ser inteligente dudaba. Y quizá por una grave enfermedad cardíaca de juventud que los médicos juzgaron terminal, su obra traía escondida una idea de finitud irremediable. Soportaba con paciencia bromas de los amigos y las consecuencias de sus hazañas que daban para redactar anecdotarios; sin embargo también se entregaba a la ira alzando los brazos como muñeco de goznes y a unos arrebatos medio epilépticos esfumados enseguida. Los achacaba a su temperamento nervioso que ocasionalmente lo obligaba a tomar antiespasmódicos. Decía convencido que entre la vida y la muerte no había nada sino desgarraduras aunque la filosofía y la teología le pasaron de largo durante los cursos en el Seminario Conciliar Guadalupano Josefino. Sobre el paño de la mesa de billar reposaba una de sus manos delicadas de las que estaba tan orgulloso mientras con la otra sostenía el taco volteado hacia arriba. Cualquiera hubiera creído que se daba un respiro en aquel aburrimiento para planear la manera de meter el tiro en la buchaca con una de esas sonoras carambolas que alegraban al menos un instante la quietud de la tarde. Veía las bolas de marfil tratando de descifrar en ellas un problema de trascendencia para la especie humana.

Después de un rato volteó el taco con lentitud. Parecía que le pesara, se inclinó poco a poco, sopló varias veces sobre el polvo acumulado en el paño verde y obtuvo el choque despertando ecos por los rincones. Nuevamente contempló el tapete largo rato y regresó a su juego. No podía ejercer sus dotes de parlanchín que embobaban a sus interlocutores porque allí no encontraba interlocutores. Sin embargo para darle a su cargo la respetabilidad requerida estaba vestido con pulcritud burguesa, llevaba una corbata gris con el nudo deshecho, fistol de perla y bigote rubio recortado. Ese atuendo no demostraba su calidad de artista con algu-



Muñecas de papel maché, Guanajuato

na peculiaridad o extravagancia. De vez en cuando, como para consolarse y resistir un castigo, repetía alguna de sus estrofas: Y endulzo el amor de mi ostracismo en miel de los helénicos panales y en la sangrienta flor del cristianismo.

Había alquilado ese lugar para vivir y lo pagaba en mensualidades pues según aseguraba a quienes se lo preguntaran en millas a la redonda no había nada que hacer por lo que se pasaba días enteros inventando nuevas carambolas en la calma amodorrada. Era juez de letras en el desolado pueblo de casas de adobe y tapias destruidas a donde lo habían trasladado mientras pasaba la furia que despertó, por no ejercer la ley con severidad conveniente, en el licenciado Aguirre y Fierro, versificador de cantina y autor de unas tonterías famosas sobre las novias pasadas y las copas vacías que los borrachos recitaban en ataques de euforia y él condenaba por ripoosas, banales y malsonantes; sin embargo así se daban las cosas. Le costaba juzgar, no nació para inquisidor, hasta había dejado libres a unos falsificadores de moneda, y era juez. Y mientras el poetastro con ínfulas recibía premios con manga ancha. Él le daba gracias al creador de no quedarse sin trabajo y acataba su destino gastando semanas entre el billar y los libros y la caza cada vez que añoraba sus escapadas a la Capital de la República donde celebraban su presencia o a San Luis donde representaban sus piezas dramáticas. Siempre anduvo tras las tretas, aunque fuera sólo para tomarse una copa. Le gustaban el teatro, la ópera y los poetas. Se entristecía comparando los alimentos que lo sustentaban en aquellas regiones con los que le ofrecían en las fiestas y banquetes organizados en su honor cuando concurría a casa de sus amigos: Sopa de arroz, como entada dos platos de sardinas, guacamole, estofado. Se dirigía a Dios diciéndole, tal vez podrías olvidar algo malo de lo que he hecho como yo lo he olvidado. Dios no se olvidaba y le permitía aún contemplar el paisaje sin truenos sobre el desierto inmenso, el paisaje de chaparros matorrales y cielos azules que prometían lluvias cuando aparecían hilachas de nubes en las siestas ardorosas. Las nubes salían detrás de extensas lomas llenas de biznagas, nopales y órganos, sembraban alguna esperanza en miradas anhelantes. Luego se iban de largo, el viento las desbarataba o se borraban al oscurecer y aquellas ansiadas gotas de agua nunca caían. Hacía cuatro años que no caían. Se vivía de la agricultura y las cosechas se perdieron. La gente emigraba para otros pueblos o para México y dejaban los pirús que ponían notas amables en aquella aridez limitada por sierras azules desdibujándose a lo lejos. El aire levantaba espesas columnas de tierra y las calles solitarias con el sol tendido sobre ellas asentaban un silencio tétrico que rompían furias huracanadas, los cantos de algunos gallos o los campanazos de la iglesia llamando para hacer rogativas de aguaceros a bienaventurados y



Escena con diablos y hombre muerto, Puebla

patronos que no se dejaban convencer ni mostraban la compasión tan requerida.

En el mostrador estaban algunos libros, buenas ediciones del *Quijote* y de *El burlador de Sevilla* y otras comedias de Tirso de Molina anotadas con lápiz para borrar después las señas sin maltratar el volumen. Quería escribir una versión moderna del Don Juan, trasladando la acción a nuestra época. Converteido en millonario crapuloso que seducía mujeres y no alcanzaba luego de haberlas abandonado el perdón de doña Inés hecha una cortesana. Admiraba el personaje por su devastadora virilidad y su apostura. Lo admiraba, él que siempre se consideró feo y su espejo no lo desmintió jamás. A cambio le dio algo que no se reflejaba sino ante otros, el don de la gracia, de la conversación divertida, de la agudeza que provocaba carcajadas y que sus pares comentaban y hasta repetían haciendo de él un personaje. Cerca de sus lecturas había también medio tarro de cerveza caliente abandonado por el momento, y su cartera de piel vacía con el forro descosido, un relicario del Sagrado Corazón, unas mechas del cabello de Pepita atadas por cordones verdes y un boleto de tranvía. La carambola se le entregaría sin mayores preámbulos si se hubiera concentrado más; pero estaba harto de jugar contra sí mismo pues en esas circunstancias no hallaba rivales de su talla y ni siquiera el coime se le podía comparar. Además por muy amigo que fuera del gobernador Carlos Díaz Gutiérrez que celebraba sus composiciones y aunque quisiera reparar lo hecho en antiguos cargos, ¿a quién iba a juzgar en aquel aislamiento si no pasaba nada y hasta el tiempo se había detenido envolviendo la zona en una esfera irrompible? Sentía perdidos el entusiasmo y la inventiva que lo caracterizaban porque había finalmente cultivado la verdad y buscaba una solidez sostenida en



Pintura huichol, Jalisco

principios aprendidos desde la escuela. Condenaba sus faltas y en repetidos actos de conciencia prometía enmendarse aunque en el fondo de su alma lo consideraba imposible. Sabía que la belleza siempre fue y será eternamente moderna pero la belleza, salvo la de los pirú, brillaba por su ausencia en aquellos páramos. Los legajos se apilaban en su despacho, el viento, que sí soplaban con irredenta regularidad, se aposentaba encima y las resoluciones se postergaban. Los asuntos carecían de importancia. Por eso se había sorprendido tanto al descubrir en la cárcel a un único preso, Serafín de Asís. Lo pescaron después de beberse una botella de litro y medio de tequila que dejó junto a su cuerpo despatarrado y que los ayudantes del juzgado presentaron como una más de sus trapacerías. A pesar de su nombre angélico y de su apellido católico, el tipo traía a cuestas la muerte de dos individuos con los que acabó a cuchilladas sin que nadie supiera las razones. Claro que lo más lógico era interrogarlo, algunos motivos lo lleva ron a tales desatinos; pero Manuel José Othón quedó deslumbrado cuando fue a verlo. Si el alma a lo mejor era diabólica; la envoltura era divina, cuerpo fornido, musculoso, de espaldas anchas, piel tostada, facciones perfectas y ojos verdes y pestañudos bajo unas cejas pintadas por Murillo. Junto a semejante Apolo, el escultor Jesús Contreras tan mimado por su talento y su guapura se borraba del mapa. No, la naturaleza nunca hubiera depositado tanta hermosura en un hombre malvado. Por algún lado debían andar escondidas sus seis alas

blancas. Quienes lo lleva ron y sacaron de la pila bautismal no se hubieran equivocado de tal modo al escogerle apelativo. Resultaba imposible condenarlo, una insensatez. Sería lastimoso perder esa maravilla sin que hubiera dejado descendencia. Reproducirse era su tarea en este mundo. Así que se abstuvo de interrogarlo y caviló en el desperdicio que representaba para la raza sentenciar a un sujeto que podía procrearse a su imagen y semejanza, sólo porque en un rato de ofuscación había cometido imprudencias. Apenas lo vio, ante la sorpresa del mismo reo, sin usar esa varita mágica suya que hacía llorar a la roca con argumentos convincentes, se mordió el labio inferior, movió la cabeza consintiendo la idea que lo había iluminado y sin tampoco articular una palabra le pidió a un ayudante que volviera a cerrar la celda antes de salir entregado a sus cavilaciones.

El problema se presentaba al buscarle emparejamiento. Sólo Chofita aceptaría acostarse con el adonis en carelado porque la infeliz estaba atrancada en la soltería de puro fea y a pesar de sus constantes visitas al cura para confesar pecados que no cometía, pasaba bochornos nocturnos y diurnos. No soltaba un abanico moviéndolo sin parar y su temperamento la hacía retorcerse. Comía desaforada a manera de compensación y repasaba el diccionario de cabo a rabo para aprenderse términos rebuscados repetidos con voz aflautada que le ganaban fama de mujer culta y sabia; pero su aliento iba de acuerdo con el resto de su persona. Un hijo debía ser concebido en un entusiasmo al menos momentáneo que las lonjas de Chofita no despertarían en Serafín ni con otro litro de tequila. Esa candidata quedaba descartada. ¿Qué tal si además de su inteligencia le heredaba al producto del apareamiento su apariencia? Además la tal Chofi aún tenía una madre llena de ímpetus capaces de amargarle la existencia a cualquiera. Las suegras eran una calamidad. Recordó a la suya, doña Atilina, que lo aborrecía haciéndole un sinfín de groserías, se opuso a su matrimonio arguyendo mil motivos, entre otros mantenerse honradamente porque la carrera literaria sólo le acarrearía pobreza.

Con parentela o sin ella, debía casar al presidiario. Necesitaba una muchacha atractiva, de preferencia huérfana, y no darle importancia a las consecuencias. Todos los matrimonios terminan en tragedias o en acuerdos tácitos, se dijo. Incluso su propia unión con Pepita Esther Jiménez no había sido afortunada, a pesar de un noviazgo largo que alebrestaba al volcán furioso de Atilina y la piedad de los familiares que calificaban a su mujer de mártir porque respetaba su voluntad. Sin hijos, casi siempre separados debido a carencias económicas, pues a partir de sus nupcias se convirtió en abogado de la legua por pequeñas ciudades y villorrios, unieron dos soledades y nunca compartieron las grandes pasiones que a él le enriquecían el alma, la música, la poesía, el paisaje, la

bebida. Que viniendo de mí mismo vengo de la región más apartada. Por eso más que en los goces matrimoniales, volcaba su sensibilidad en el placer de la comida, del licor y de la fantasía. Y ante un verso o una pintura capaces de conmovirlo estallaba en aplausos como si le dieran latigazos. Un pasaje de Wagner lo levitaba y hasta lo llevaba a ilusionarse por escribir una tetralogía, él que necesitaba semanas, incluso meses para terminar un verso perdurable.

Decidió darle tregua a sus cavilaciones e irse de cacería. Cerró el billar donde no había ningún parroquiano, buscó ropa más holgada, blusa de dril, cachucha de *sportsman*. Se echó al hombro una carabina, se fajó una canana repleta y se atravesó al pecho un morral para ver si la suerte lo favorecía con una liebre cansada de corretear en el mismo panorama afligido. Planeó un guisado con aderezo de plantas que reconocía, cortaba en el monte y garantizaban la sabrosura, vino y queso parmesano que con muchos trabajos y encomiendas le había mandado su esposa gracias a un cobrador de cuentas atrasadas dispuesto a emprender viaje hasta esas inhóspitas latitudes.

La bóveda azul se había vuelto roja desbaratada en cataratas de lumbre; abajo la inmensa sábana candente. Atrás las estribaciones del chaparral ceniciento manchadas por peñascos calizos que rodaron los siglos desde la montaña, un cercado de piedra de abrasadora blancura y la curva de laderas desoladas. Todo lo retuvo en su memoria seguro de que estaba en el país del eterno desconsuelo. Y se entregó al monte aunque a esas horas calurosas no sería fácil la caminata. Afortunadamente el ventarrón había olvidado sus trapacerías y entró a un momento de reposo y él no era un sedentario. Nada importaba que lo hicieran trizas los dolores reumáticos y el enfisema pulmonar. Salvocuando escribía, le costaba permanecer en ambientes cerrados. Apreciaba las excursiones de rancho y se animó inventando un platillo si la suerte propiciaba que aguzara la puntería a la caída de la tarde cuando los conejos corretean de un lado a otro. Le parecía alevoso valerse de linternas para sorprenderlos. Su oído bueno todavía le permitía oír ruidos y disparar.

No se le quitaba de la cabeza la idea de buscarle novia a Serafín. ¿Y si le traspasara la encomienda a una alcahueta? Las muchachas decentes no se dejarían vencer así nomás. Claro que casi todos sus galanes se habían ido en busca de oportunidades. La mayor parte de las solteras disponibles no estaban tan disponibles porque mantenían noviazgos por correspondencia igual que lo hizo durante seis años su Pepita Esther, como la llamaba en la intimidad, según él mismo contó en una reunión. Desde entonces algunas jóvenes lo buscaron rogándole que las ayudara redactándoles sus cartas diciendo para no cometer faltas de ortografía y le pagaban la

delicadeza regalándole huevos y hasta se cotizaron para entregarle una marrana. Sabían que los chicharrones que ponía en la paila de aceite se volvían delicias que nada ni nadie lograba superar; pero todas ellas eran muchachas ingenuas y le remordía la conciencia mandarlas a un destino incierto con el fugitivo en que había decidido convertirse a su prisionero. Sólo Altagracia cargaba mala reputación. Había adelantado la alta gracia de su virginidad sin casarse y el novio la dejó pocos días antes de formalizar relaciones considerándola una descocada a la que se le quemaron las corvas por no esperar para entregarse a las bendiciones nupciales y fiestas. Era bastante bonita y a la menor oportunidad mostraba una risa franca que en parte le ganó su desgracia. A lo mejor se convertiría en la candidata ideal, nada más había que presentarle a Serafín con sus seis alas desplegadas. De seguro caería rendida. Medio distraído cazó a una liebre y con ella agarrada por las orejas mientras la metía al morral se fue en busca de la Penélope tristonza que tejía junto a su mamá. Entró a la sala limpia y llena de carpetas colocadas en todos los muebles, convencido de que les llevaba grandes nuevas. A las primeras les expuso su plan y trató de acompañarlas a la cárcel para que dieran su visto bueno. Lo oyeron sorprendidas. La señora se santiguó diciendo Ave María Purísima. La muchacha quedó estática y se negó en rotundo a dejarse tentar, que



Máscara de madera laqueada con listones para la danza de *Los negros*, Michoacán



Sirena con animales acuáticos, Puebla



Carrusel laqueado, Guerrero

tal si el asesino por bello que se lo describieran cuando la tuviera a su disposición le retorcía el pescuezo. Mire, señor juez, por muy poeta que usted sea y por mucha necesidad que yo tenga, jamás me convencerá. Prefiero terminar colchas y manteles y venderlos a los aboneros que aparecen por aquí de vez en cuando. Pero para no desairarlo demasiado le ofrecieron los restos de un coñacito regalo del pretendiente perdido.

Decidió echarle otra miradita a su preso y averiguar las causas por las que se encontraba en condición tan miserable. Consideraba que la ley penal debía aplicarse exactamente a cada caso y si sus hábiles preguntas lo mantenían inconfeso, esperaba convencerse de que era gente de bien. Encontró a Serafín mirando al techo sin muestras de reconocerlo. No volteó al abrirse la reja. No tuvo el impulso de incorporarse y ni siquiera cambió de postura. Manuel José desacostumbrado a tan agreste actitud, la pasó por alto y quiso inútilmente entablar un diálogo que recibió como respuesta refunfuños o gruñidos indiscifrables. Se preguntó si tenía enfrente a un mudo o si el tipo no resultaba al fin de cuentas tan perfecto como lo había creído. Pero quiso vengar sus dietas de silencio a las que de momento estaba condenado y dando grandes zancadas por el cuarto y alisándose el cabello con ambas manos como si estuviera en La Lonja

rodeado de amables compañeros se puso a contarle un cuento, uno de esos cuentos de aparecidos que tanto le gustaban adornados con brujas, pócimas, encantamientos, chillidos horrendos. Con ellos dejaba atemorizados a los campesinos; pero el tal Serafín se mostraba inmovible, valiente a más no poder. No se orinó de miedo con las curanderas que tomaban venganza a la menor provocación, ni le afectaron una serie de conjuros que Manuel José había repetido otras veces, las oraciones católicas rezadas al revés, la inclusión de saliva, el huevo de gallina prieta, las limpias, los sahumeros o los rezos enrevesados a san Antonio Abad o san Isidro Labrador. Serafín veía el techo porque el ulular clamoroso del tecolote le quedaba guango lo mismo que los murciélagos escalando muros del camposanto y únicamente dejó de rezongar como si estuviera entretenido; pero a fin de cuentas mostraba una voluntad inmovible. Cambiaron los temas y surgieron historias sobre López Pórrillo y Rojas, Díaz Mirón y Urbina que resplandecían sobre la hierba. Nada. Ni una muestra de interés porque allí tales personas eran reverendas desconocidas. Recordó que un día en el Convento de San Francisco había tomado la palabra frente a los frailes que lo invitaron a comer y lo estimaban mucho. Todos callaron y al terminar, el prior con la mirada húmeda le dijo: Son imponderables los

designios de Nuestro Señor si cualquiera de nosotros, que estamos dedicados a la catequización, pudiéramos hablar como usted en el púlpito o en los confesionarios, tendríamos más feligreses. Alentado por ese recuerdo se puso a comentar las virtudes inmarcesibles del santo de los santos esperando conmovir el rudo corazón. Serafín de Asís seguía imperturbable, apenas cambió postura en su camastro porque le cosquilleaba una pierna. Manuel sentía la imaginación cansada, hasta que se le ocurrió también que él tenía algo de brujo o de ser superior capaz de cambiar el destino de un hombre y le expuso su plan. Buscarle una mujer bonita. El milagro se hizo. Serafín se sentó de sopetón y sin disimular su prisa preguntaba si ya tenía comprometida a alguna. Todavía no; pero la encontraría aunque tuviera que visitar el averno.

Y al averno fue en busca de la alcahueta que a las afueras de la población regentaba un prostíbulo llamado Las glorias de Satanás. Acudían escasos parroquianos por las circunstancias reinantes en la región. Manuel lo entendió como ventaja para sus propósitos y expuso el caso valiéndose de todos sus encantos verbales y de las prerrogativas que su cargo conllevaba y prometiendo que pasaría por alto cualquier escándalo si le facilitaran una pupila de buena figura dispuesta a emprender nueva vida. Había una tal Atilina bastante nueva. El solo nombre le pareció horroroso. No tenía nada de nuevo y auguraba luchas constantes aunque en su calidad de juez podría cambiárselo, quizá llamarla Balbina. Le presentaron a otra que andaba por el rumbo de lo regular. Nadie se caería del espanto con su diente de oro; pero observándola cuidadosamente tampoco podía heredarle a su criatura rasgos que valieran la pena.

Necesitaba buscar entre las viudas o dejadas que había en el pueblo. Guadalupe no estaría mal. Tenía algo de india brava con el talle espigado como dispuesto a la lucha. Andaba por los treinta con lo que aventajaba en edad a Serafín; sin embargo la melena negra, cortina de luto, le relumbraba y daba gusto verla caminar a la distancia. A él siempre lo había embobado, le recordaba el galope triunfal de los berrendos o una carrera de potros salvajes cabalgando como la lujuria. Al conocerla hacía meses en el bochorno del mediodía tuvo una sensación inédita, percibió los latidos del cosmos, una brisa sibilante y sintió aquellos ojos negros conve rridos en dardos apasionados. Su piel tostada invitaba a ser acariciada. Y estaba sola. Entonces y ahora estaba sola por quién sabe qué oscuras circunstancias. Fue a verla y la halló en la puerta, recién bañada, olorosa a jabón con esa desventura suya que lo exaltaba. Le expuso las razones de su visita y ella estalló literalmente en carcajadas. ¿A poco creía el juez que era un dios capaz de cambiar el curso de una vida? ¿Y por qué ese afán de endilgársela a otro si ellos dos se gustaban? A Manuel José no se le había ocurrido una posibilidad tan turbadora. Contestó cualquier

tontería y retomó su camino con los pensamientos en desorden como si fueran una sinfonía comenzando a nacer, sintiendo un idilio salvaje.

Apuntaba la noche cuando llegó al billar. Allí lo esperaba Altagracia con dos caballos ensillados, un atado con alhajitas y una mantilla sobre los hombros. Eran su dote. Su madre se los había entregado convencida de que ninguna solución mejor se le presentaría en un pueblo de chismosos. No se le presentaría ni acumulando mandas y promesas a la Virgen y la instó a jugar el albur. Estaba dispuesta a fugarse aprovechando las sombras que ya caían. Después de tantos esfuerzos, quién lo creyera, Othón sintió pruritos. Mandó llamar al cura para disponer la boda. No lo encontraron porque había ido a darle los viáticos a un moribundo. Quedaba desde luego el Registro Civil, sus ayudantes serían testigos. Fue una ceremonia corta. Los desposados se vieron como queriendo reconocerse. Luego montaron y desaparecieron en las tinieblas iluminadas por las estrellas, las montañas se inundaban con la luz de la luna transparente. Apenas los despidió, Manuel José regresó a la mesa, sopló sobre el tapete una vez más. Tomó el taco y lo sostuvo con la punta volteada hacia arriba decidiendo la mejor manera de hacer una carambola y casi sin darse cuenta movía los labios diciendo en voz muy baja, inaudible, apuntando en la memoria: Allá vas, bruna y austera por las planicies que el bochorno escalda, al berberar tu ardiente cabellera como una maldición sobre tu espalda. **U**



Máquina de escribir de cerámica, Estado de México